



¿Acción de gracias mundial?

por Daniel Urdaneta

Hace tres días, el jueves 27 de noviembre, se celebró en Estados Unidos el Día de Acción de Gracias (Thanksgiving). Millones de familias se reunieron alrededor de una mesa, compartieron una comida especial, recordaron la fidelidad de Dios y expresaron gratitud por lo vivido durante el año. Mientras tanto, en la mayoría de los países de tradición cristiana fuera de Estados Unidos, el día pasó casi desapercibido.

Y, sin embargo, cada 31 de octubre nuestras calles sí se llenan de calabazas, telarañas y disfraces para Halloween, una fiesta que hemos importado con mucha facilidad.

Me gustaría que algún día, así como Halloween se ha exportado exitosamente desde EE. UU., también el Thanksgiving llegue a ser una fiesta conocida y apreciada en los países occidentales de raíces cristianas. No como copia cultural, sino como recuperación de algo profundamente bíblico: vivir como un pueblo agradecido.

En Estados Unidos, el Día de Acción de Gracias se celebra el cuarto jueves de noviembre. Históricamente, recuerda la gratitud de los primeros colonos por la



provisión de Dios tras tiempos de escasez y la ayuda que recibieron de los pueblos nativos. Con los años, el día se ha llenado de elementos culturales: la gran comida familiar (con el clásico pavo), el fútbol americano, los desfiles, etc.

Si quitamos todo ese “envoltorio” cultural, la esencia es hermosa y muy bíblica: detenerse en medio del ritmo del año, reconocer que todo lo que tenemos es un regalo (vida, familia, iglesia, trabajo, salvación) y dar gracias a Dios en comunidad, no solo a solas: alrededor de una mesa, con rostros concretos y testimonios reales.

La Biblia no presenta la gratitud como un “extra” para creyentes muy devotos, sino como la actitud normal del pueblo de Dios. La gratitud va unida a algo que nuestra cultura está perdiendo: la memoria espiritual. Es recordar de dónde nos sacó el Señor, cómo nos sostuvo y en qué momentos nos sorprendió con Su provisión y Su gracia. En un mundo que nos enseña a reclamar derechos, a compararnos y a quejarnos, el Evangelio nos enseña a recordar y agradecer.

Por eso, una fiesta centrada en la acción de gracias encaja infinitamente mejor con nuestra fe que muchas de las celebraciones que ya hemos aceptado sin apenas reflexión. Como cultura, hemos sido muy rápidos en importar fiestas que no nos ayudan a mirar a Dios, y muy lentos en abrazar prácticas que nos invitan a recordar Su gracia. Tal vez, como iglesias, hemos aceptado demasiado pasivamente el calendario que el mundo nos propone, en lugar de ofrecer con valentía un ritmo alternativo, centrado en Cristo y marcado por la gratitud.

¿Tiene sentido que una iglesia en España, en Latinoamérica o en Europa celebre algo parecido al Día de Acción de Gracias? Creo que sí, por varias razones.

Primero, porque la gratitud es bíblica, no estadounidense.

Segundo, porque no estaríamos importando una ideología, sino aprovechando una fecha para reforzar una disciplina espiritual que ya debería estar en nuestro ADN como creyentes.

Y tercero, porque no celebramos la historia de un país, sino la historia de Dios con su pueblo. Lo que agradeceríamos no es “la historia de Estados Unidos”,



sino la fidelidad de Dios en nuestra familia, nuestra iglesia, nuestra ciudad y nuestro propio contexto.

Mi sueño es que lleguemos a normalizar también un día de gratitud a Dios en nuestras agendas y en nuestra cultura. No porque queramos “americanizarnos”, sino porque queremos que Cristo marque el ritmo de nuestras fiestas y de nuestras emociones. Imagina una generación que crece sabiendo que, al acercarse el final del año, además de luces y consumismo, también hay un día para detenerse, mirar atrás y decir juntos: “Hasta aquí nos ayudó Jehová” (1 Sam 7:12).

Ese cambio no empezará en los gobiernos ni en los medios de comunicación masivos, sino en lugares como el IBIT, en familias que deciden reunirse para agradecer, en iglesias que marcan un día para recordar la fidelidad de Dios. Tal vez no podamos cambiar toda nuestra cultura de golpe, pero sí podemos comenzar a sembrar una tradición cristiana de gratitud.

Dios nos bendiga a todos.